

Miércoles - 11 Agosto - 1943

La respuesta

3 ?

--Señor -- me dice el caballero, afirmándose los anteojos --, he leído su alabanza de la simplicidad. ¿Es usted fascista? -- No, por favor --. ¿N. S. ? -- Tampoco --. Pero, en fin, ¿es usted partidario de las dictaduras? -- Que yo sepa, todo lo contrario: enemigo.

--Es que -- me dice, examinándome atentamente, como si dudara de que le digo la verdad -- la simplicidad ~~no existe más que en~~ <sup>es</sup> el lema de las dictaduras. "El Estado soy yo". Esa es la frase. Yo el que manda, yo el que da, yo el que recibe, yo el que castiga, yo el que premia; en una palabra: yo soy todo. ¿Qué le parece?

--Si eso lo dijera alguien que fuese el súmun de las perfecciones humanas, me parecería de perlas -- respondo.

--Desgraciadamente, señor, ~~y en eso estará usted de acuerdo conmigo, ese hombre no ha existido, ni existe ni existirá nunca.~~ -- En efecto.

--Sin embargo, ~~en y a pesar de que usted, yo y casi todo el mundo pensante estamos de acuerdo en ello, nunca falta, óigame bien y no se le olvide, nunca falta~~ alguien que cree que él es ese hombre, el hombre elegido, el hombre esperado. Creo que no necesitará usted que le cite nombres nacionales, internacionales o universales.-- No, en verdad.

--Pues bien: ese hombre, o esos hombres, porque a veces son varios, separados o juntos, los que se creen elegidos y esperados, no duermen nunca; velan siempre, esperando una señal, un síntoma, un gesto que les advierta que ha llegado el momento, su momento. Y su alabanza de la simplicidad, amigo mío, y su queja de que este mundo está revuelto, confuso, oscuro y abstruso, puede ser, para él o para ellos, una señal, un síntoma, un gesto. ¿Entiende usted?

--Demasiado -- contesto, sintiendo que me tiritan las piernas.

--De modo, señor, que mucho ojo con lo que se escribe.

--Pero, en fin -- le digo --, usted habrá comprendido cuál fué mi intención al escribir aquel malhadado artículo.

3

--La comprendí perfectamente, pero, como usted lo comprenderá también, no puedo responderle de la comprensión de todos nuestros conciudadanos. Ni usted ni yo nos sentimos hombres elegidos ni esperados, pero ¿quién nos dice que ese caballero que está ahí, esperando góndola, con un paquete en cada mano y un niño colgado de cada brazo, no sea El? Donde menos se piensa, salta la liebre.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©